

**XII CONFERENCIA INTERNACIONAL DE HISTORIA ORAL
PIETERMARITZBURG, SUDÁFRICA
DEL 24 AL 27 DE JUNIO DE 2002**

**Los inmigrantes polacos en Misiones
y
su primer pan de maíz.**

Lic. Claudia Stefanetti Kojrowicz

Los inmigrantes polacos en Misiones y su primer pan de maíz

Introducción

Desde el año 1997 llevo adelante un proyecto sobre la inmigración polaca en la República Argentina en el Museo Roca de la ciudad de Buenos Aires. Inicialmente viajé al sur de la provincia de Misiones para observar los festejos del Centenario de la colonización polaco ucraniana en Apóstoles. Desde entonces visito periódicamente la región, realizando gran cantidad de entrevistas, compartiendo sus celebraciones religiosas y cívicas; y así fui convirtiéndome en uno más de la zona. Día a día se fue generando un buen clima de trabajo y paulatinamente las informaciones se hicieron cada vez más interesantes. Sin embargo había un tema que no lograba aclarar: la adaptación de los primeros inmigrantes al medio que los recibió. Cuando uno lee entrevistas realizadas a los primeros colonos parecería que el esfuerzo fue mucho mayor al que relatan sus descendientes. Una primera respuesta al por qué de esta variación creo haberla encontrado en las palabras del Obispo de la ciudad de Posadas¹

“En mis recorridas por tantos lugares de la Provincia de Misiones, he podido escuchar muchas historias y recuerdos de criollos y de inmigrantes. Como en la vida de todos los hombres, hay historias de amor, de dolor, de trabajo, de problemas, de fe en Dios y de esperanzas muy grandes. También hay capítulos que prefieren que no cuente, para que los hijos y nietos nunca alberguen resentimiento alguno en el corazón.”²

¿Cuánto sufrió esta gente? ¿Cuánto disfrutó de la vida? ¿Cuántos sueños vieron cumplidos en esta tierra?

La primera noción de esta diferencia de apreciaciones las tuve al confrontar dos relatos sobre la comida. El primero fue contado por el protagonista, un inmigrante polaco que llegó en el año 1900, y el segundo, por su hijo:

“Yo vine con mi familia desde Polonia a los diez años. Llegamos a Buenos Aires, unas mil familias en un solo grupo, y vinimos a Posadas por el río, en barco. Luego anduvimos en carros tirados por bueyes durante cuatro días hasta llegar a Apóstoles.

El gobierno estaba dando tierras libres a los colonos, 125 acres por familia, y algo más por cada hijo. Mi padre recibió 205 acres. Era una región salvaje. No había nada para comer y ningún lugar donde comprar algo, incluso si nosotros hubiésemos tenido dinero.

En el primer año, mientras crecían los cultivos de granos, mandioca y porotos de los colonos, el gobierno nos abastecía de porotos negros, algo de harina y fideos. Pero, los inmigrantes estábamos siempre hambrientos.

Recuerdo el segundo año, cuando tuvimos nuestra primera cosecha de maíz. Nosotros lo cosechamos a mano con una piedra y cuando mamá horneó el primer pan fresco, toda la familia vino desde el campo a comerlo caliente. Nada supo tan rico desde entonces. Pero debieron pasar cuatro años antes de que alguno de nosotros tuviera realmente lo suficiente para comer.”³

Así hablaba en el año 1957 un inmigrante polaco que llegó a convertirse en uno de los más prósperos de la región. En cambio su hijo muchos años más tarde contará la vida de sus mayores sin recordar ese sacrificio inicial del colono, negando el dolor y el sufrimiento.

“La alimentación no era mayor problema; no carecían de leche, sobre todo para los niños; había gran cantidad de avestruces con sus nidadas que fueron bien aprovechadas. Carpinchos, peces en abundancia, martinetas, perdices, y tatúes, contribuían en grado sumo a lo que hoy denominamos canasta familiar. Pronto se cosecharon los choclos, las calabazas, todo tipo de verduras. La tierra era, lo sigue siendo aún, inmensamente pródiga.”⁴

Este tema del pasado dulcificado por los descendientes me llevó a recurrir a la historia oral, pero no encontraba la manera de romper esa barrera que ponían los entrevistados con su pasado de sacrificio y pobreza. Sólo los mayores de 80 años hablaban de las penurias. Debía encontrar algún disparador que les quitara esa necesidad de mostrarse como descendientes de inmigrantes sin problemas económicos. Aunque todos supiésemos que se trató de inmigrantes campesinos pobres y casi siempre carentes de educación formal: de eso no se habla.

Antes de ver cuál fue el disparador veamos quiénes son los protagonistas y sus circunstancias. ¿Quiénes eran? ¿De dónde vinieron? ¿A qué lugar llegaron?

Galitzia: tierra de partida.

Galitzia era una región en el extremo oriental del Imperio Austro-Húngaro. Fue un reino independiente al principio de la Edad Media, se convirtió en territorio de Polonia en el siglo XIV y pasó a ser parte de Austria cuando Polonia fue dividida en 1772.

Sus inviernos son largos y fríos, con un promedio anual de 100-120 días de nevadas, y un verano cuyas temperaturas no sobrepasan los 24 °C.

La agricultura constituía la principal actividad de la población. Sus principales cultivos eran maíz, trigo, trigo sarraceno, remolacha azucarera, papa, algunos tipos de calabazas. Galitzia no estaba industrializada ni siquiera para los patrones del este europeo de aquel entonces. Estaba más desarrollada la actividad artesanal que la industrial. Las propiedades de los campesinos eran muy pequeñas, sólo unos pocos terratenientes tenían grandes extensiones. La tierra se constituía en la preocupación central de los campesinos. La gran subdivisión de tierras campesinas resultante de las particiones de la finca familiar entre todos los herederos, los bajos salarios en las ciudades y más bajos aún en los campos y la superpoblación en algunos distritos, llevó a la emigración hacia América.

Misiones: la nueva tierra.

La provincia de Misiones está ubicada en el extremo noreste de la República Argentina, y la región de Apóstoles-Azara pertenece al extremo sur de esta provincia. Su paisaje es abierto y ondulado, sus llanuras tienen un promedio de altitud de 107 metros sobre el nivel del mar. La región es conocida como el *campo misionero*, caracterizado por la monotonía de sus llanuras sólo interrumpida por algún monte de árboles que raramente sobrepasan los 10 metros y que generalmente están en elevaciones del terreno. A lo largo de los ríos y arroyos también se pueden ver florestas en galería. Su clima es subtropical y húmedo con una precipitación anual de 1700 milímetros. El promedio de la temperatura es de 18°C, con un promedio de variación de 22°C entre valores de verano e invierno. Sus suelos son rojos y arcillosos. Los inmigrantes no tenían ninguna experiencia en el manejo de suelo en condiciones subtropicales. Los primeros hombres elegían las tierras de cultivo junto a los cursos de agua, porque su concepto de la granja ideal era mezclar la actividad agrícola con la cría de ganado, lo que exigía acceso al agua. Sus conocimientos tradicionales indicaban que las tierras aluviales eran las más fértiles. En Apóstoles se daba todo lo contrario.

El sector geográfico en que fueron ubicados los colonos era un área marginal. Ocupar esa zona era una empresa que demandaba grandes esfuerzos para las tareas de desmonte y desmalezamiento para poder construir sus casas y preparar las tierras para el cultivo. Les dieron los terrenos que reunían las mayores adversidades naturales, para evitar enfrentamientos con los acaparadores de tierras locales y con grupos de poder asentados en la región que se oponían a al asentamiento de nuevos pobladores.

Una de las informantes recuerda que su madre al llegar y ver el rojo del suelo y sufrir el calor dijo:

“Esto verdaderamente es el infierno. Hasta la tierra es colorada”.

Cuando los colonos llegaron, la zona estaba sufriendo una grave crisis de despoblamiento. Esta tierra originalmente había sido poblada por los guaraníes, luego durante los siglos XVII y XVIII formó parte de las Misiones Jesuíticas (de ahí el nombre de la provincia) hasta que en 1767 la Orden fue expulsada por la corona española. La compleja organización socio-religiosa construida por los sacerdotes se derrumbó y Misiones se hundió en la oscuridad. La población guaraní se vio diezmada por la incursión de los bandeirantes luso-brasileños que los “cazaba” como esclavos. Otros aborígenes habían dejado la región en busca de trabajo en centros urbanos, ya que gracias a la educación de los jesuitas habían aprendido distintos oficios que podían poner en práctica en las ciudades. Así comenzó el despoblamiento.

Un breve período de relativa estabilidad siguió a las guerras por la independencia argentina (1810-1816), cuando el área fue gobernada por el jefe guaraní Andrésito Guacurarí. Los primeros y exitosos intentos de Andresito para poner fin a la penetración luso-brasileña lo llevaron a una derrota que terminó en la destrucción y saqueo total de la región. Misiones se convirtió en un desierto, habitado sólo por población seminómada de bandoleros, pequeños agricultores y cortadores de yerba mate salvaje, pocos de los cuales eran argentinos.

Las autoridades nacionales argentinas no mostraron mucho interés en la región hasta fines de la década de 1860, cuando la llamada Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) en que Argentina, Brasil y Uruguay lucharon contra Paraguay, llamó la atención por la posición estratégica de Misiones y por la ausencia de una población argentina.

El territorio estaba bajo jurisdicción de la provincia de Corrientes desde 1830; esa situación permaneció hasta 1882, cuando Misiones se transformó en Territorio Nacional, con autoridades nombradas por el Gobierno Nacional.

Una de las mayores preocupaciones del gobierno de Corrientes durante su administración de Misiones fue la preservación de los yerbales naturales: Se necesitaba superar la germinación de la semilla. Aquello que conocían los indios y los jesuitas ahora necesitaba ser redescubierto. Carlos Thays desde el Jardín Botánico de Buenos Aires, Benedetto desde Colonia San José y otros fueron los primeros en lograrlo. Pablo Allain organizó las primeras plantaciones del siglo XX y transmitió el saber a los colonos. Mientras duró la imposibilidad de sembrar nuevas plantas se prohibió expresamente el asentamiento de establecimientos permanentes en el área de la yerba mate salvaje. No hubo ningún intento de colonizar Misiones por parte de los correntinos, y en 1881 se federalizó el territorio misionero.

Cuando los galitzianos llegaron en 1897 se encontraron con un pequeño asentamiento que se había originado espontáneamente a partir de la explotación de los yerbales y naranjales jesuíticos, para finalmente dedicarse a los servicios de comercio, posta y hospedaje vinculados a las expediciones yerbateras que se dirigían hacia el norte. En el ámbito rural los agricultores paraguayos y brasileños y los concesionarios de tierras se valieron de los restos provenientes del período reduccional para sentar las bases de los nuevos asentamientos. Los caminos, las lagunas artificiales y los pasos sobre los arroyos que usaban eran los que habían sido preparados por los guaraníes de las reducciones jesuíticas. La red caminera jesuita tuvo una incidencia preponderante en tanto que condicionó y organizó la ocupación humana del espacio geográfico. Esta red permitió a los colonos la comunicación entre distintos poblados y el acceso a mercados donde comercializar sus productos.

Estos inmigrantes se encontraron en una tierra de “frontera”, una tierra marginal en la que todo estaba por hacerse y donde el cumplimiento de la ley y otras instituciones de control social eran francamente vagas o inexistentes. Los pobladores no llegaban a 1.300, casi todos brasileños o paraguayos.

Eudocia, con sus 94 años en 1997, recordaba como era Apóstoles cuando llegó:
“No había nada, sólo campo y animales y algunos arbolitos. Después empezaron a poner casitas... Mi papá era carpintero, sabía hacer todo de tablas. Las casas, los galpones, él hacía para todos... Nunca pudo quedarse en casa, siempre alguien lo llamaba porque era carpintero”.

Los primeros colonos y los que siguieron después recibieron ayuda del gobierno en alimentos, herramientas de labranza, semillas y algunos animales. Lo que más atrajo a los galitzianos fue la posibilidad de adquirir tierras. Tenían la posibilidad de cumplir el sueño por el cual habían dejado su Patria.

Los inmigrantes.

El primer grupo estuvo formado por sesenta y nueve personas que arribaron en 1897 a Buenos Aires para luego ir a Misiones, a las que poco a poco se sumaron varios miles hasta el año 1903. Este grupo habría tenido como destino original a los Estados Unidos, pero al no cumplir con los requisitos sanitarios establecidos para embarcar fue rechazado y se le ofreció un nuevo destino: la Argentina. Ellos aceptaron, ya habían llegado hasta Hamburgo, se habían desprendido de todas sus propiedades de Galitzia, su destino seguía siendo América y eso era lo importante. Si recordamos que provenían de un imperio multinacional es fácil imaginar que al ignorar la idea de *Estado nacional*, tal como ya se la entendía en estas latitudes, les haya parecido que sería lo mismo ir a los Estados Unidos o la Argentina, pues todo era América. Estos hombres y mujeres llegaron ignorando absolutamente el idioma español, las costumbres y características de la Argentina. Luego de muchos intentos frustrados por resolver dónde establecerse, un próspero sastre polaco de la ciudad de La Plata, Miguel Szelaqowski, se puso en comunicación con el gobernador de Misiones, Don Juan José Lanusse y los envió allí. El gobernador quiso emplearlos como asalariados en establecimientos ganaderos de Posadas, pero no tuvo éxito. Entonces decidió enviarlos a Apóstoles. En carretas y por caminos casi inexistentes llegaron a la tierra prometida. No hubo ni discursos, ni piedras fundacionales, ni acto público alguno. Nadie podía imaginar que se estaba asistiendo al inicio del gran cambio de la región.

Los primeros grupos que llegaron a la región en el período 1897-1899 lo hicieron sin ningún tipo de recurso económico, eran agricultores rústicos, miserables y analfabetos. En cambio los galitzianos arribados en el año 1900 se caracterizaron por su mayor poder adquisitivo, sus diversas profesiones, educación y entre otras cosas, fueron los que trajeron el “carrito polaco”, que tanto favorecería al transporte de la yerba mate⁵.

Demetrio recordaba que:

“Quien tenía carros buenos, estaba bien. Le servían para todo uso, para ir al pueblo, a Posadas, cargar 500 o 600 kilos de maíz, porotos, todo eso.”

La familia y la comunidad centrada en la parroquia eran las principales unidades sociales y controlaban y regulaban la vida del campesino individualmente a lo largo de un calendario dominado por la Iglesia.

Según Dobrowolski la visión del mundo del campesino galitziano estaba profundamente imbuida por una Weltanschauung fundamentada en la creencia de los poderes místicos de las fuerzas naturales y de aquellos que actuaban como guardianes del orden tradicional. Los aldeanos creían en las tradiciones secretas de los pastores de ovejas, de los brujos, de los herreros y de otras categorías de personas que supuestamente tenían la habilidad de controlar fuerzas ocultas y causar éxitos o infelicidad. Bajo eso había una creencia profundamente enraizada en la Divina Omnipotencia que creó y que controla todo, en una Voluntad Divina que no sólo regía la naturaleza sino que también controlaba el orden social y el destino de los individuos. El clero era muy influyente y considerado como el único intermediario entre la Divina Omnipotencia y el desvalido y ordinario campesino.

La tradición, la religiosidad, la mansedumbre, laboriosidad y la familia eran los valores centrales en la vida del campesino galitziano. Cualquier desviación de esos valores centrales, aun aquellos que implicaban modificaciones en la cultura material, podría atraer la venganza de los poderes místicos. Cuando a fines del siglo XIX los arados de hierro fueron introducidos en las aldeas de Galitzia, los campesinos muchas veces expresaban el miedo de que el suelo cortado con el hierro podría vengarse y rehusarse a producir la cosecha. Máquinas para la labranza, tales como segadoras y máquinas trilladoras, fueron aceptadas con mucha resistencia debido a presagios semejantes.

Isabel, 88 años:

“Ahora todo es más fácil aunque algunos digan que está mal. Yo digo que está bien. Mire, por ejemplo, ellos acaban de tirar a bajo esa falsa higuera en dos horas. Usaron la motosierra y ahora terminaron y están tomando una cerveza fría. Pero cuando yo era joven, eso nos llevaba una semana con mi marido. Y terminábamos muertos de cansancio. Dirán que lo moderno está mal. Yo digo que está bien.”

La vida de los colonos polacos estuvo marcada por la austeridad y el trabajo. Iban hacia los centros urbanos de Apóstoles y Azara sólo en los fines de semana, cuando las oficinas públicas y los comercios permanecían abiertos para atenderlos.

Después de asistir a misa, hacían sus compras y regresaban a la sala parroquial. Mientras ellos hacían negocios, intercambiaban experiencias y comentaban las noticias, ellas charlaban en otro sector.

La educación fue desde un principio un tema conflictivo. Los inmigrantes no la consideraban una necesidad, y mucho menos para las mujeres.

Los argentinos vieron en ella la mejor herramienta para evitar un enclave cultural y asimilarlos al país. Las maestras eran rechazadas por ser extrañas que seguramente inculcarían junto al idioma un sistema de valores no compartidos. La tarea fue difícil, los niños hablaban polaco en sus casas y al llegar al colegio no podían entenderse con sus docentes. En general, casi nadie aprendía el español. Por el sistema de vida rural que desarrollaron no necesitaban el idioma nacional. Sólo hacía falta que algún miembro de la familia lo hablara para poder realizar trámites o la venta de sus productos. Esta tarea siempre quedaba en manos de un varón.

La mayoría de los padres veían el aprendizaje escolar como un mal impuesto por el gobierno, que alejaba a los niños de las ocupaciones verdaderamente útiles de la chacra. Se resignaron a enviarlos a la escuela sólo por temor a la ley que los obligaba. Al mismo tiempo que las autoridades nacionales trataban de “argentinizar” a los niños, el clero de origen polaco intentaba “polonizarlos” a través de la educación religiosa en polaco.

Juan, 94 años:

“Había una escuelita, yo fui en la chacra. En una escuela de dos aulas. Yo entré a la escuela de cinco años y medio. Y mi mamá quería sacar a la mayor hija porque tenía que trabajar. Y el director dijo: ella no tiene 14 años. Mi mamá dijo: yo puedo dar dos por una...”

Luego entonó parte de la Marcha de San Lorenzo y dijo con alegría: *“No me olvidé, ya son más de 50 años”*.

Quisieron repetir la estructura tradicional y la vida de las aldeas campesinas polacas, pero ante la negativa del gobierno para realizar los asentamientos en forma de pequeñas aldeas como era costumbre en Galitzia, quedaron dispersos en el campo. La estructura socio-religiosa fundamentada en el rol central de la Iglesia nunca tuvo la fuerza de su país de origen. Las chacras estaban muy lejanas unas de otras, todo estaba por hacerse, había trabajo todo el año y no alcanzaba el tiempo para las actividades sociales.

Estos campesinos tuvieron que enfrentarse a un medio social y natural absolutamente diferente al que conocían. Las experiencias centenarias que trajeron les resultaban casi inútiles. Prácticamente no tenían contacto con los criollos, por lo tanto tampoco podían aprender de ellos... todo se reducía a mecanismos de intento y error. Había que decidir cómo tratar a la tierra, qué sembrar, cuándo, cómo, dónde. Toda una serie de preguntas que no hallaron respuestas sino en la propia experiencia. Había que combatir nuevas plagas y todo tipo de alimañas.

Juan, 94 años:

-¿Qué cultivo había? ¿Yerba todavía no había?

-¡No! Arroz, maíz, poroto, papa. Mucha papa plantaba nuestro padre. Mandioca en ese tiempo ni se comía ni se conocía, “raíz de indio”, dicen.”

El peso de la tradición, la falta de conocimiento técnico, la escasez de capital y la estructura del mercado agrícola local fueron factores que les impusieron limitaciones severas.

Todo el grupo familiar trabajaba en la chacra y no se contrataba mano de obra. De allí la necesidad de tener muchos hijos y si no eran varones se buscaba casar a las niñas pronto, sustituyendo la dote tradicional por la donación de tierras a las hijas. Al mismo tiempo los miembros masculinos jóvenes que deseaban iniciar sus propias chacras se convertían en candidatos deseosos de adquirir tierras casándose con las niñas herederas. Con el tiempo crecieron las residencias dominadas por mujeres, se aceleró el proceso de partición de tierras y emergieron las mujeres como propietarias de tierras.

Hasta ahora casi no hablamos de las mujeres. ¿Cuál fue su lugar?

El campo, la cocina, los niños, el trabajo, el mercado. No tuvieron una vida fácil. Prácticamente se les negaba el acceso a la educación y sus actividades sociales se reducían al mundo religioso con lo cual sólo podían entenderse entre mujeres inmigrantes. Hay mil anécdotas que nos describen lo duro de no saber qué cocinar ante la escasez extrema y el desconocimiento de los alimentos de este nuevo paisaje.

Juan, 94 años:

“Y la provista la tenía también el administrador que daba harina, grasa y no sé qué, y la harina estaba medio podrida porque es así... Íbamos al monte a cortar maderas para hacer casas y cocinaban polenta. ¿Qué iban a cocinar? La polenta era medio vieja, pero había que comer. Y allí cortábamos leña, más postes para hacer casas, alguno cortaba curubí, no sabíamos qué mala leña es y se pudría pronto y así poco a poco se empezaba a trabajar. A trabajar hasta hoy... El que no tenía leña juntaba bosta seca para guardar, para hacer la comida... Y sufría, sabés...”

Una anécdota que todos cuentan es la de la *polenta verde*:

Unos criollos le obsequiaron a los inmigrantes yerba mate, quienes pensaron que era una especie de polenta verde y la echaron en la olla. Con las dificultades del idioma, a los criollos les costó hacerles entender que se trataba del brebaje que nos acompaña todos los días. Esas pobres mujeres revolviéron hasta el cansancio, pero jamás lograron espesar la preparación.

En su Galitzia el trabajo agrícola les dejaba libre el invierno, pero eso no ocurría en Misiones. Así fue que estas mujeres ya no tuvieron tiempo para la sociabilidad, las visitas a los parientes y sobre todo perdieron la posibilidad de seguir haciendo sus artesanías. Las mujeres trabajaron codo a codo con los hombres. Una vez que lograron establecerse en sus nuevos hogares, después de años de trabajo constante, ellas buscaron ayudar a sus maridos vendiendo productos de la chacra en las ferias de los pueblos. ¿Cuál habrá sido su entretenimiento? Imagino que las flores. Y es eso, absoluta imaginación. ¿Por qué lo digo? Porque a lo largo de muchísimas entrevistas no encontré rastros de nada que pudiera ser percibido como un entretenimiento, como un recreo en el trabajo. Todas las chacras que visité, por humildes que estas fueran, tenían flores y plantas maravillosas, cuidadas por las señoras mayores. Estas flores son una explosión de colores en medio del campo. Quizás hayan sido un regalo de la misma naturaleza que les exigiera tantos sacrificios.

Viejas fotografías, nuevas informaciones

Cuando comencé a investigar sobre la adaptación de los inmigrantes polacos a la región algo no encajaba bien en los relatos. Yo podía percibir que en general los entrevistados cuando se referían a sus años de infancia dirigían sus recuerdos hacia lo relacionado con celebraciones escolares o religiosas, eran historias “simpáticas”. Anécdotas hasta cómicas que daban cuenta de realidades que no parecían serlo. Era muy difícil imaginar una vida tan alegre en una zona que aún hoy está alejada de la infraestructura media y de las comodidades mínimas de la vida moderna.

Como dije al principio, debía encontrar un disparador que derribara esa postura. Y sin querer di con la solución: viejas fotografías. Al mismo tiempo que desarrollo estos proyectos de investigación en el Museo Roca, soy voluntaria en la Biblioteca Domeyko, perteneciente a la comunidad polaca de Buenos Aires. Allí se encontraron unos 100 negativos de fotografías que habían sido tomadas en el año 1928 en el sur misionero. Una vez que estos negativos fueron llevados al papel quedaba la gran tarea de identificar las imágenes. Me ofrecí a hacerlo ya que conozco bien la zona y habitualmente viajo por la región.

Es una experiencia increíble. Debería decir que es el trabajo más placentero y divertido que he realizado. Llevar esas fotografías me puso en contacto con personas y situaciones muy particulares. Los entrevistados comenzaron a contarme una gran cantidad de detalles que antes nunca habían sido ni siquiera mencionados a grandes rasgos. Las fotografías hicieron hablar, recordar, soñar, y aparecieron comentarios que durante cuatro años fueron imposibles de pensar. Algunas personas parecían haber sido transportadas a su infancia o a su juventud. Otros hasta dejaron de lado sus “personajes” y parecieron “sincerarse.” Mis cuestionarios comenzaron a llenarse de infinidad de nuevas preguntas. Todo tomó un dinamismo nuevo.

Tuve que diseñar distintas estrategias para realizar las observaciones, ya que no encontré bibliografía que diera cuenta de experiencias similares. Generalmente el entrevistado es el dueño de las fotografías y no el entrevistador. Con el agregado de que no se trata de *más* imágenes del pueblo, sino que estamos hablando de poblaciones que prácticamente no tienen registro gráfico de su historia y en las que una fotografía de esos años es un pequeño tesoro. Esta era una experiencia *realmente* nueva. ¿Debía dar a conocer los datos de cada una de ellas? ¿Debía dejar que cada informante me diera su opinión de la misma? ¿Cómo decirle a un entrevistado que me dedicaba todo su tiempo que la información que me daba era incorrecta, que yo ya había confirmado que tal edificio era tal o cual...?

Recién estoy dando los primeros pasos en esta nueva forma de acercamiento, pero ya tuve algunos progresos como por ejemplo con el tema de las primeras casas que nunca era mencionado. Pero Juan con sus 94 años “confesó”: “Hacían un ranchito en el pajonal, no más ahí, y se metían abajo...”

Yo sabía que la casa paterna de una de las informantes, de más de 75 años, aún estaba de pie. Pero ella jamás me llevó hasta allí. Logré ver la casa por indicaciones de otros lugareños. Ella quería ocultar la pobreza original, sobre todo ahora que se consideraba una “dama de sociedad”. Sin embargo, al ver una fotografía que mostraba un rancho típico construido con tacuara, adobe y techo de paja. Me dijo:

“¡Ah! Pensar que así fueron las primeras casas. Nada más típico que esas casas blanqueadas con cal. Todos tuvimos una así. No había otra cosa.”

Y así comenzó una nueva relación con ella y con los vecinos, quienes al enterarse de que podrían ver fotografías “nuevas” de más de 70 años se acercaron en busca de su pasado familiar y del pueblo. Quizás encontrarán a sus padres o abuelos. No es un dato menor que en Apóstoles-Azara no haya archivo fotográfico. Incluso una de las fotografías que llevé es la más antigua que se conserva del Consejo Deliberante de Apóstoles.

Esta nueva experiencia recién comienza. Los mayores transmitieron a sus hijos recuerdos habitualmente dulcificados, quizás para evitar que sintieran las mismas tristezas que acompañaron la vida de estos colonos. Es a través del diálogo con esos niños hoy convertidos en abuelos que intento descubrir cómo fue la adaptación de los inmigrantes polacos a la tierra de la provincia de Misiones.

Varios de los informantes, ya mayores, con mucha pena luego de observar las fotos hicieron un mismo comentario:

“¡Qué lástima que antes los viejos no hablaban de lo que dejaron en Polonia, ni de lo que encontraron acá! Cómo me gustaría saber qué familia tuve, quiénes quedaron allá. Pero antes no se hablaba del pasado, ni de la familia, y hoy ya no tengo a quién preguntar.”

Y se quedaban mirando las fotografías como si en ellas estuvieran todas las respuestas vaya uno a saber a qué preguntas...

O quizás quisieran sentir el aroma del primer pan de maíz...

Lic. Claudia Stefanetti Kojrowicz

Bibliografía:

BARTOLOMÉ, LEOPOLDO. Colonias y colonizadores en Misiones. Instituto de Investigación, Facultad de Humanidades, UNaM. Posadas, 1982.

Los colonos de Apóstoles. Estrategias adaptativas y etnicidad en una colonia eslava de Misiones. Editorial Universitaria de Misiones. Posadas , 2000.

BARELA LILIANA Y OTROS. Algunos apuntes sobre la historia oral. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1999

BERTAUX, DANIEL. La perspectiva biográfica: Validez metodológica y potencialidades. En: José M. Marinas y Cristina Santamarina (comp), La historia oral: métodos y experiencias, Debates, Madrid 1993. Pp. 149-171

BELÁUSTEGUI, HORACIO. El acceso a la tierra fiscal en el territorio Nacional de Misiones, 1894-1943. En: I Jornadas sobre Poblamiento, colonización e Inmigración en Misiones. Posadas, Misiones, agosto de 1999

BOTANA, NATALIO. El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1977.

CAMBAS, ANÍBAL. Proceso de la colonización en Misiones. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, 1977.

CZAJKOWSKI, JAN. Un soldado del Evangelio. Posadas, Misiones, 1971.

DOBROWSKI, KAZIMIERZ. Peasant Traditional Culture. En: Teodor Shanin(comp). Peasant and Peasant Societies. Penguin Books Ltd. Middlesex, Inglaterra, 1971

MARGALOT, JOSÉ A. Geografía de Misiones. EDIAR. Buenos Aires, 1972.

GORI, GASTÓN. Inmigración y colonización en la Argentina. Buenos Aires, 1964.

JOUTARD ; PHILIPPE. Esas voces que nos llegan del pasado. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 1999.

MICHEL, BERNARD. Nations et nationalismes en Europe centrale. XIX-XX siècle. Aubier. Paris, 1995.

OSZLAK, OSCAR. La formación del Estado argentino. Editorial de Belgrano. Buenos Aires, 1985.

SAGASTIZÁBAL. LEANDRO DE. La yerba mate y Misiones. Historia Testimonial Argentina. Centro Editor de América Latina Buenos Aires, 1984.

SAPELAK, ANDRÉS. Padre Ivan Seneshen y los inicios de la Iglesia Bizantino-Ucrania en la Argentina. 1998. S/D

SCHIAVONI, GABRIELA. Colonos y ocupantes. Parentesco, reciprocidad y diferenciación en la frontera agraria de Misiones. Editorial Universitaria, UNaM. Posadas, 1996.

SHOR, FRANC Y JEAN. Argentina: Young Gigant of the Far South. En: The National Geographic Magazine. Washington, marzo de 1958. Pág.297-352

SNIHUR, ESTEBAN. De Ucrania a Misiones. Colectividad ucrania de Misiones. Apóstoles, 1997.

SZYCHOWSKI, ALBINO. Mi querido papá. Apóstoles. S/D

THOMAS, WILLIAM; ZNANIECKI, FLORIAN. The Polish Peasant in Europe and America. 2 vols. Dover. Nueva York, 1958

TOURIER-BONAZI, CHANTAL DE. Propuestas metodológicas. El desarrollo de la entrevista. En: Historia y fuente Oral 5, Barcelona, 1991. Pp. 181-189

VASYLYK, MYJAILO. Inmigración ucrania en la República Argentina. Una comunidad por dentro. Universidad Católica Ucrania San Clemente Papa. Filial Buenos Aires. Ed. Lumen. Buenos Aires, 2000.

VÁZQUEZ RIAL, HORACIO. La formación del país de los argentinos. Ed. Vergara. Buenos Aires, 1999.

VOGT, FEDERICO. La colonización polaca en Misiones, homenaje a la Colonia de Apóstoles en el 25 aniversario de su fundación. Reimpresión. Corrientes, 1997.

Citas

¹ Posadas: capital de la provincia de Misiones.

² Alfonso Delgado, Obispo de Posadas. 24.08.1997

³ Este relato apareció publicado en The National Geographic Magazine de marzo de 1958

⁴ Así comentaba su hijo la misma experiencia.

⁵ Este carrito se convirtió en el símbolo del inmigrante, y en el centenario de su llegada a Apóstoles se hizo un monumento al “carro Polaco”.